

KRIMINIS.

MUESTRA DE LECTURA · [KRIMINIS.COM/LIBROS](https://kriminis.com/libros)

MUESTRA GRATUITA · CAPÍTULO 1

La escena del crimen

CSI contra la realidad

La forense de verdad: más lenta, más sucia y mucho menos infalible de lo que te han contado.

ANTONIO JAVIER CASTILLO MARTÍN

KRIMINIS.

LA ESCENA DEL CRIMEN · CSI CONTRA LA REALIDAD

// Parte 1 · La expectativa

01

El efecto CSI

Existe. Pero no lo causó CSI. Y va en la dirección contraria a la que todo el mundo teme.

📁 EXPEDIENTE

Sala de deliberación. Llevan cuatro horas.

El caso es de los buenos. Hay dos testigos que lo sitúan en el portal. Hay un móvil. Hay un móvil y un teléfono móvil, que es lo mismo con distinto sentido: su terminal estuvo conectado a la antena de esa calle durante los cuarenta minutos que importan. Y hay una declaración suya, grabada, en la que se contradice tres veces.

Y entonces alguien lo dice. Lo dice en voz baja, casi con vergüenza, como quien señala que falta la sal:

—Ya... pero **ADN no hay**.

Y se hace un silencio. Porque tiene razón: no hay. Y de repente los otros once lo notan también, como un hueco. Como si el caso, hasta ahora sólido, se hubiera quedado sin una pata.

No falta nada. En la inmensa mayoría de los delitos **no hay ADN**, porque no todos los delitos dejan material biológico, y de los que lo dejan no siempre se recoge, y del que se recoge no todo llega a analizarse — porque hay cola, y la cola se mide en meses.

Pero esas doce personas han visto, entre todas, unas cuatro mil horas de televisión en las que **siempre hay**. Y ahora saben cómo es un caso de verdad.

El problema no es que se lo hayan inventado. Es que *alguien* se lo enseñó — y llevamos veinte años echándole la culpa a quien no fue.

Este libro va de la distancia entre la ciencia forense que has visto y la que existe. Y empieza por el sitio correcto: no por el laboratorio, sino por **tu cabeza**. Porque antes de contarte lo que la sangre, el ADN o una huella pueden decir de verdad —y son ocho capítulos de sorpresas—, hay que desmontar lo que crees que pueden decir. Y el primer sorprendido voy a ser yo, porque el famoso **efecto CSI** existe, sí... pero *no lo causó CSI*. Y lo peligroso no es lo que todo el mundo teme.

// LA QUEJA

«Los jurados quieren un milagro»

La historia arranca a principios de los dos mil, y la cuentan los fiscales. La serie *CSI* se convierte en el programa más visto del planeta, y empieza a circular una queja que suena tan razonable que nadie la comprueba: **los jurados están absolviendo porque esperan magia**.

El razonamiento es impecable sobre el papel. En televisión, cada crimen deja una prueba de laboratorio. Cada prueba se analiza en cuarenta minutos. La máquina hace un ruido y aparece un

rostro con la palabra *coincidencia* parpadeando en rojo. Y el ciudadano que ve eso doscientas veces se sienta en un juicio y, sin darse cuenta, **ha subido el listón**: si no hay una prueba científica que lo señale, duda.

Le pusieron nombre —*el efecto CSI*— y funcionó estupendamente, porque tiene lo que tiene que tener una buena historia: un culpable con cara, una serie de televisión, y una explicación cómoda para algo incómodo. Los fiscales tenían por fin un motivo para las absoluciones que no era «no lo probamos bien».

Durante años se repitió en tribunas, en artículos y en cursos de formación judicial. Se dio por hecho.

Y entonces, en **2006**, a alguien se le ocurrió medirlo.

// LOS MIL JURADOS

Lo que salió al preguntar

Lo hicieron **Donald Shelton** —que además era juez—, **Young Kim** y **Gregg Barak**, y lo hicieron bien: en vez de opinar, encuestaron a **1.027 personas citadas para actuar como jurado** en un tribunal estatal.

Y midieron tres cosas a la vez, que es lo que hace que el estudio valga: **qué televisión veían, qué esperaban** que la fiscalía les presentara, y —la que importa— **qué exigirían** para condenar.

Primer resultado: las expectativas eran **altísimas**. Reales. Medidas. Esa gente esperaba prueba científica, y una parte la exigía para condenar. Así que la queja de los fiscales tenía algo de verdad: el listón *estaba* alto.

Segundo resultado, y es el que nadie esperaba: **no había apenas relación entre esas expectativas y ver CSI**.

Ninguna. Los que veían la serie y los que no la habían visto en su vida esperaban prácticamente lo mismo. Ver *CSI* no tenía impacto causal sobre lo que un jurado exigía para condenar en la mayoría de los escenarios.

Léelo despacio, porque es un caso de manual de algo que hemos visto en todo este archivo: **el fenómeno era real y la causa era falsa**. El efecto existía. El culpable, no.

Y no lo dice un enemigo de la teoría: lo dice un juez, con mil jurados delante y las dos variables medidas por separado. Los mismos autores acabaron titulando su siguiente trabajo con la palabra que sobraba desde el principio: **mito**.

// EL EFECTO DE VERDAD

No es la serie: es el siglo

Si no es CSI, ¿qué es? Shelton y su equipo propusieron una explicación mucho menos divertida y mucho más grande, y la llamaron **efecto tecnológico**.

La idea es sencilla y probablemente la estés viviendo ahora mismo. Esa gente no esperaba prueba científica porque hubiera visto una serie. La esperaba porque **vive en 2026**.

Piénsalo desde tu propio bolsillo. Tienes un aparato que sabe dónde has estado cada minuto de los últimos cinco años. Le hablas y te entiende. Pagas mirándolo. Un reloj te dice cómo has dormido. Te haces una foto y el teléfono reconoce solo a tu madre. Escupes en un tubo y te dicen de qué región eran tus bisabuelos.

Alguien que vive así, cuando le sientan en un juicio y le dicen que no se sabe quién tocó el pomo de una puerta, no piensa «*qué difícil es la ciencia forense*». Piensa «**no lo han mirado**». Y no es tonto por pensarlo: es *coherente*. Todo lo demás en su vida sabe cosas.

Ahí está el giro que hace grande a este hallazgo: la expectativa no la fabricó una serie policiaca. La fabricó **el mundo entero**. Y culpar a *CSI* era, en realidad, una forma de no mirar el problema — porque contra una serie se puede protestar, y contra un siglo no.

Un apunte necesario para ti, que probablemente vives donde vivo yo: casi toda esta investigación se hizo con **jurados**, que es como se juzga en Estados Unidos. En España, la mayoría de los casos los deciden *jueces profesionales*. ¿Les afecta esto? Con honestidad: **no está medido igual**. Pero fíjate en qué dice exactamente el hallazgo — que la expectativa la produce vivir en una sociedad tecnológica. Y los jueces también tienen teléfono.

MITO VS. REALIDAD

EL MITO

«Los jurados absuelven porque han visto *CSI* y esperan una prueba científica en cada caso.»

LA REALIDAD

La primera mitad es cierta y la segunda es falsa, que es la peor combinación posible. Shelton, Kim y Barak (2006) preguntaron a **1.027 futuros jurados** midiendo por separado lo que veían y lo que exigían: las expectativas eran altas, sí — y **no guardaban apenas relación con ver la serie**. Su explicación alternativa, el *efecto tecnológico*, es mucho peor para los fiscales: no lo produjo un programa, lo produce **el mundo**. Y fíjate en para qué servía el mito: si el problema es una serie, la culpa es de la tele y no hay nada que revisar. Si el problema es que la gente vive rodeada de máquinas que saben cosas, entonces la pregunta incómoda es otra — *¿por qué el sistema penal es el único sitio de tu vida donde nada se puede saber?*

// EL OTRO EFECTO

El que sí debería darte miedo

Y ahora dale la vuelta al asunto, porque llevamos veinte años discutiendo esto mirando a un solo lado.

La queja siempre ha sido: *CSI hace que absuelvan cuando no hay pruebas científicas*. Vale. Pero *CSI* enseña dos cosas, no una. La primera es que **siempre hay prueba**. Y la segunda, mucho más importante, es que **la prueba nunca se equivoca**.

En esa televisión, la ciencia forense no tiene margen de error. No tiene porcentajes. No tiene «no se puede excluir». No hay dos peritos discrepando. La máquina dice quién fue, y quien fue, fue. La huella es del acusado. La sangre cuenta lo que pasó, minuto a minuto. El ADN señala a una persona en el planeta y a nadie más.

Ahora piensa en qué hace esa segunda lección cuando *sí* hay una prueba en la sala.

Un perito entra, dice que la huella coincide, y doce personas que llevan quince años viendo que la huella siempre coincide **se lo creen entero**. No preguntan cuántos puntos. No preguntan si hay una base estadística detrás. No preguntan si el examinador sabía a quién estaba comparando. No preguntan cuántas veces se ha equivocado esa disciplina.

A eso se le llama a veces el *efecto CSI inverso*, y es exactamente lo contrario de lo que temían los fiscales: no lleva a absolver a culpables. **Lleva a condenar a inocentes**.

Y aquí está el problema de verdad de este libro, y por eso este capítulo va el primero: los ocho capítulos que vienen detrás son, uno tras otro, la demostración de que esa segunda lección es **falsa**. La sangre habla menos de lo que crees (capítulo 4). El ADN tiene letra pequeña (capítulo 5). La huella dactilar —la prueba «infalible»— no tiene base estadística real y ha mandado a inocentes a la cárcel (capítulo 6). Hay disciplinas forenses enteras que no se sostienen (capítulo 7). La autopsia no es un reloj (capítulo 8). Y el testigo, la prueba que más condena, es la que más falla (capítulo 9).

Tres cortes para cualquier prueba científica que te pongan delante — en un juicio, en un documental o en una noticia:

1. «¿Esto identifica... o solo es compatible?»

- **Identificar** = señalar a una persona y descartar a las demás. Casi nada lo hace.
- **Compatible / no se puede excluir** = él encaja, y no se sabe cuánta gente más encaja. Es una frase completamente distinta, y suena casi igual en una sala.
- Cuando oigas «coincide», pregunta siempre: *¿coincide con cuánta gente?*

2. «¿Cuál es el margen de error... y de quién?»

- Toda prueba tiene dos: el del **método** y el del **examinador**. Las series solo enseñan máquinas; en la realidad casi siempre decide una *persona*.
- Si nadie sabe decirte el margen de error, no estás ante una prueba científica. Estás ante una **opinión con bata**.

3. «¿Sabía el perito lo que se esperaba que encontrara?»

- Es la pregunta que casi nadie hace y la que más decide. Un examinador que sabe quién es el sospechoso no es un instrumento neutral: es una persona con una hipótesis.
- En el resto de la ciencia esto se resuelve desde hace un siglo y se llama **ciego**. En la forense, muchas veces no se hace.

// EL DATO INVISIBLE

Veinte años discutiendo la dirección equivocada

Junta las dos piezas y mira lo que sale.

Uno: el efecto CSI —el de las absoluciones— se midió y no aparece. La expectativa existe, pero no la causó la serie.

Dos: mientras todo el mundo discutía eso, la otra lección de la serie —que la prueba no falla— se instalaba sin que nadie protestara.

Y ahora fíjate en quién se quejó de qué. Los fiscales llevan veinte años denunciando en voz alta el efecto que les perjudica *a ellos*: los jurados que exigen demasiado. Y no ha habido una campaña equivalente, ni de lejos, contra el efecto que perjudica al *acusado*: los jurados que se creen demasiado.

Eso no es una conspiración. Es algo más simple y más humano: **cada uno mide el problema que le duele**. Al fiscal le duele el culpable que se va. Al inocente que sale por la puerta con veinte

años encima no le duele nadie, porque no tiene gabinete de prensa.

De modo que hemos pasado dos décadas debatiendo, con datos, la mitad del asunto que no era. Y mientras tanto la mitad importante —que es de la que va este libro— avanzaba sola.

Ahí está lo que te llevas del primer capítulo, y es el eje de todo lo que viene: **el peligro nunca fue que no te creas la prueba. Es que te la creas.**

Porque la ciencia forense es *buenísima* — de verdad, y este libro no viene a decir lo contrario ni una sola vez. Es una de las mejores cosas que le han pasado a la justicia en cien años. Lo que no es, es lo que te enseñaron: no es infalible, no es automática, no es una máquina, y muchas veces no es ni siquiera ciencia. Es **un ser humano mirando algo y diciendo lo que le parece**, con el nivel de certeza que le parece, delante de doce personas que han visto quinientas veces que eso nunca falla.

El resto del libro va de qué pasa en esa distancia.

De todos los villanos del archivo, Dexter es el único que **trabaja en el laboratorio**. Es analista de patrones de manchas de sangre en la policía de Miami. Es, literalmente, un CSI.

Y por eso es el caso de este capítulo — pero no por la razón obvia.

La lectura fácil es que Dexter es la fantasía forense hecha carne: el hombre que entra en una habitación, mira unas gotas y *ve* lo que pasó. El perito como oráculo. La serie se recrea en eso durante ocho temporadas, y es delicioso.

Ahora fíjate en lo que la serie *demuestra* sin querer, y que es lo contrario.

Dexter mata a decenas de personas durante años, **desde dentro de la comisaría**, rodeado de peritos, con acceso a todas las escenas. ¿Cómo es posible? Porque conoce el sistema desde dentro y sabe exactamente **qué es lo que la ciencia forense no puede ver**: dónde no queda rastro, qué no se recoge, qué no se analiza, qué se archiva, qué preguntas no se hacen.

Piénsalo despacio: **si la ciencia forense fuera lo que CSI dice que es, Dexter Morgan no podría existir**. Ni un episodio. Su carrera entera es un catálogo, capítulo a capítulo, de los *huecos* — y esos huecos son el temario de este libro.

Dexter vive exactamente en la distancia que acabamos de medir: entre lo que el laboratorio puede hacer y lo que la gente cree que puede hacer. Esa distancia es su casa. Es donde caza.

Y hay un último detalle, que es el que lo ata a su teoría en el archivo. Su teoría es el **control social**, y encaja hasta doler: a Dexter no lo frena la ley. La ley no lo alcanza — sus ojos son el laboratorio, y él *es* el laboratorio. Lo único que lo frena es el **Código**: unas reglas privadas que le enseñó su padre adoptivo. Un control informal, doméstico, sin tribunal.

Que es precisamente lo que dice esa teoría: *a la gente no la contiene el castigo — la contienen los vínculos y las normas que ha hecho suyas*. Y en el caso de Dexter es literal, y es aterrador. El único hombre de todo el archivo al que la prueba científica no puede tocar resulta ser también el único que **solo se sostiene sobre lo que le enseñaron en casa**.

→ Expediente completo de Dexter Morgan en kriminis.com

⚠ EL ERROR DEL APRENDIZ

Tres trampas, y la primera es la del listillo. La primera: **salir de aquí diciendo que «el efecto CSI no existe»**. Existe: las expectativas están medidas y son altas. Lo que no existe es *la causa* que le pusimos. «El fenómeno es real y el culpable era otro» es una frase más larga y menos lucida que «es un mito», pero es la verdadera. La segunda: **concluir que la ciencia forense es un fraude**. No lo es, en absoluto, y si acabas este libro pensando eso lo habré escrito mal. Es una herramienta extraordinaria — con márgenes, con letra pequeña y con seres humanos dentro. La diferencia entre «tiene límites» y «es mentira» es toda la diferencia que hay. La tercera, la que va contigo: **creer que a ti no te pasa**. Cuando el perito diga «coincide», tú también vas a asentir. Yo también. Llevamos treinta años entrenando ese asentimiento delante de una pantalla, y no se desactiva leyendo un capítulo. Lo único que se puede hacer es aprenderse las tres preguntas de la caja de arriba y decirlas *en voz alta*.

👉 TU TURNO

Vas a hacer de jurado, pero con el cronómetro puesto.

Coge **un episodio** de cualquier serie forense — *CSI*, *Bones*, *Mentes criminales*, la que tengas a mano. Y ve con un papel al lado anotando tres columnas:

1. **¿Cuánto tarda cada prueba?** Desde que la recogen hasta que da resultado. Anótalo en minutos de ficción.
2. **¿Qué margen de error se menciona?** Cuenta las veces que alguien dice un porcentaje, un «probablemente», un «no se puede descartar».
3. **¿Cuántas veces se equivoca la prueba?** No el policía: *la prueba*.

Las respuestas van a ser, aproximadamente: *minutos*, *cero* y *cero*.

Y ahora la comparación que importa. En la realidad, esas mismas pruebas tardan **meses** —hay cola, y la cola es de verdad—, vienen con márgenes, y se equivocan lo bastante como para que ocho capítulos de este libro vayan de eso.

Ahora multiplica lo que acabas de anotar por los cientos de horas que llevas viendo esto en tu vida. **Eso no es entretenimiento: es entrenamiento**. Y nadie te avisó de que estabas en clase.

En una frase: el efecto CSI existe pero no lo causó CSI — y el peligro nunca fue que no te creas la prueba: **es que te la creas.**

En el próximo capítulo, la idea fundacional de todo esto: que todo contacto deja un rastro. Es de 1910, es preciosa, es verdad... y aguanta muchísimo menos de lo que te han contado. Norman Bates, y el principio del que vive una disciplina entera.

KRIMINIS.

// FIN DE LA MUESTRA

Esto era solo el principio

Acabas de leer el **primer capítulo** de **La escena del crimen**. El libro completo son **9 capítulos** — y, al final, un cuaderno de trabajo con **fichas de los villanos**, **vacunas de recuerdo**, un **mapa conceptual** y un **test de 20 preguntas con solucionario**.

La escena del crimen

CSI contra la realidad

4,95 €

Ebook (Kindle) · PDF

Consíguelo en **kriminis.com/libros**

Explicar no es justificar.
— Antonio Javier Castillo Martín